

aprendemos a conocernos a nosotros mismos. Poesía, pues, como fuente de conocimiento, como aspiración de revelación.

La poesía de José Carlos Cataño surge de esa fatalidad, de esa necesidad de indagación exterior y profunda que pretende la armonía del individuo con el entorno. De ese Paraíso es de donde el poeta ha sido desterrado. Lo que ocurre es que ha formulado toda una mitologización de su propia identidad ambigua para revelársenos, al cabo, como víctima y autor de los disparos. Él mismo es el "yo otro" poético —"el doble que nos sustenta"—, la presa y el cazador. Y tal vez el "otro lugar" es el mismo abandonado, tal vez nunca ha partido hacia otro sitio distinto de donde se encontraba. De ahí su tragedia, su expiación, sus yacimientos.

Para expresar textualmente el sentido dramático y la tensión que suceden en *Disparos en el paraíso*, José Carlos Cataño ha debido delimitar pasión y emoción —recordemos las resonancias épicas de su escritura— para conseguir rigurosamente ese proceso transfigura-

dor requerido por la poesía. Su lengua-je nos remite a un sentido iniciático radicalizando el papel revelador de la palabra. La escritura actúa como inquietud y sugerencia: sucesión de fragmentos que, a partir de rasgos aislados, nos incitan a culminar imaginativamente el todo. En este sentido, el fragmentarismo de José Carlos Cataño estaría cerca de los postulados de Ungaretti cuando decía que el fragmento es la respuesta del poeta al mundo fracturado en que vivimos. Y hay mucho de fractura, de quiebra, de partición en el mundo que se recoge en *Disparos en el paraíso* y en la expresión de ese mundo. Igualmente, la peculiar puntuación, los silencios y vacíos significativos redundan en la eficacia para manifestar ese clima dramático que informa el poemario.

Pero junto a esto, o además de ello, José Carlos Cataño pulsa otros registros para otorgar mayor diversidad y vitalidad poética a su escritura. Así, habría que apuntar la recurrencia de lo invocativo, el desgranarse de cadencias que son letanías, la concepción de al-

gunos poemas como una estructura combinatoria (rastros de Ponge y de cierto Paz) que a partir de derivaciones se constituyen a sí mismos e, incluso, destellos exacerbados de barroquismo en medio de la austeridad dominante de las palabras. Del mismo modo podríamos detenernos en los motivos, en las imágenes y evocaciones bíblicas que surcan *Disparos en el paraíso* y que refuerzan la fabulación mítica que nos propone.

Los poemas de *Disparos en el paraíso*, pues, forman una constelación animada y enriquecida por diversas irradiaciones que nos permiten acceder a una suerte de inquietante sugestión. Cumple así José Carlos Cataño aquello que quería Henry Miller: que las palabras —cosa muerta divorciadas de un lenguaje— entreguen sus secretos. En la búsqueda de ese lenguaje, de esas palabras que nombran y revelan la identidad, en el éxodo hacia el conocimiento ha cifrado José Carlos Cataño el Paraíso. También la redención.

Sabas Martín

Andrés Iduarte

Andrés Iduarte inició su tarea literaria en medio de la Guerra Civil Española. "¡Ay de los fríos, ay de los impasibles, ay de los secos!" diría muchos años más tarde, al referirse a las convicciones morales como la columna vertebral del universitario, del maestro, del hombre de pensamiento en nuestra América. Ni frío, ni impasible, ni seco había sido él cuando se fue, en los treinta, a arder en el fuego de España como otros tantos jóvenes intelectuales y artistas enamorados de la libertad. Cálido, apasionado, impulsivo, vibrante, su vida estuvo marcada por este trópico que viajó con él a Andalucía y a Nueva York, a Caracas, a la Habana y a París.

Hispanoamérica fue su vocación: un libro abierto en el que había que adentrarse para buscar raíces y esencias comunes. Maestro de varias generaciones, sembró desde las aulas de la Universidad de Columbia aquella devoción suya por la cultura que habla español.

Pero ese hispanoamericanismo de Iduarte pasaba por el meridiano de Tabasco. En la distancia, era Tabasco el punto de donde partían las coordenadas de su universo cultural. "Como el fuego de un horno, el aura de Tabasco se proyectaba hasta la capital, y en él vivía yo", escribirá en la segunda parte de su autobiografía. La nostalgia de Tabasco marcó sus días, sus sueños y sus libros. Fue universal porque vivió densa, intensamente, su singularidad tabasqueña.

De la mano de Andrés Iduarte recorri una ciudad pequeñita, "capital de la provincia de Tabasco, la más tropical de México", llamada San Juan Bautista. Trepé la empinada callecita de la loma de la Encarnación siguiendo los pasos apresurados de un niño de siete años que quería tenderse en las baldosas del corredor de su casa para protegerse del sol inclemente de afuera. Me asomé con él entre los barrotes de la ventana, para mirar cuesta abajo la

calle de Sáenz. Navegué en cayuco calles invadidas por la creciente y anduve, entre islas de jacinto, mirando cómo dormían la siesta los lagartos de la ribera del río.

Todo eso fue antes, mucho antes, de conocerlo. Cuando lo conocí vi que mucho había cambiado en él: un bastón detenía el deseo de apresurar su paso. La fatiga, los dolores del cuerpo y del espíritu, habían acentuado y vuelto un poco ásperas las aristas de la nostalgia. La mirada, sin embargo, detrás de los lentes gruesos, era la misma. La misma que vio un día, con estupor, cómo irrumpía la historia por la callecita empinada y congelaba, sin apelación, el mundo de la infancia.

La muerte ha venido hoy para devolverle a esa mirada, a esa memoria, el cuerpo infatigable de un niño que seguirá cumpliendo, para siempre, siete años.

JULIETA CAMPOS

16 de abril de 1984